



"EL CINE DEBE APRENDER DE LA LITERATURA"

"El cine tiene mucho que aprender de la literatura", afirmó el director de cine mexicano Alejandro González Iñárritu poco antes de inaugurarse la XX Feria Internacional del Libro de

Guadalajara. "La fuerza de la literatura está en las palabras, que disparan imágenes en los lectores, mientras que el arte en el cine se puede crear por medio de los silencios;

también es cierto que son lenguajes diferentes", dijo el ganador del premio al Mejor Director en el pasado Festival de Cannes, con la película *Babel*. El cine, agregó González Iñárritu, es el

reflejo y espejo de un pueblo. "Si no hay una estructura en la cual aporten todos, Gobierno e iniciativa privada, y si no se permite el desarrollo de los nuevos talentos, entonces no nos

veremos a nosotros mismos". El cineasta también opinó sobre el cambio presidencial en México: "Felipe Calderón debe darle prioridad a la educación, a la cultura en general".



Narradora y psicóloga, desde hace varios años esta autora venezolana se encuentra volcada al oficio de la palabra. Fruto de su afán creativo son algunas de las novelas más influyentes de los últimos

años: *El exilio del tiempo* (1990), *Doña Inés contra el olvido* (1992/1999) y *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* (1999). *Nocturama* (2006), su más reciente entrega, ahonda en el caos urbano

ANA TERESA TORRES, escritora

"Caracas representa el caos en el que estamos perdidos"

ALBINSON LINARES

La ruidosa caída del aspa de un ventilador despertó a Ulises Zero. Sin recordar su nombre, ni dónde estaba, la aparición de un dolor lacerante que le quemaba la cabeza lo despabiló por completo. Al asomarse a la ventana del cuarto, el cielo rojizo le sorprendió por su belleza, entonces, decidió salir a lo desconocido. Las vicisitudes de este personaje, suerte de antihéroe urbano y perdido, son narradas en *Nocturama*, la más reciente novela de Ana Teresa Torres.

Debatándose entre su experiencia como psicoanalista y la escritura de ficción, esta última ha ganado la partida desde hace varios años. Como resultado de la intensa práctica del oficio narrativo, sus obras han sido merecedoras de excelentes críticas y del éxito entre los lectores.

Hace más una década que novelas como *El exilio del tiempo* (1990, Premio Municipal de Narrativa y Premio de Narrativa del Consejo Nacional de la Cultura); *Doña Inés contra el olvido* (1992, Premio de Novela de la I Bienal Mariano Picón Salas y Premio Pegasus de Literatura, otorgado por la Corporación Mobil a la mejor novela venezolana escrita en la última década); *Vagos desaparecidos* (1995), *Malena de cinco mundos* (2000), *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* (1999), *La favorita del Señor* (2001) y *El corazón del otro* (2004) se cuentan entre los ejercicios literarios más notables publicados en el país.

Gracias al empeño de Alfa Grupo Editorial, esta autora tiene su "biblioteca", la cual se inició con *Nocturama*. En esta colección se publicarán y reeditarán las piezas de su trayectoria narrativa: "Es una maravillosa noticia. Es una iniciativa que reúne a todos mis libros y le da un mejor acceso a los lectores. Cuando tienes las novelas dispersas en distintas editoriales, da la impresión de que se pierden y se agotan. Tenemos previsto para el próximo año dos obras que serán novedades".

La fábula de Nocturama

—En *Nocturama* coquetea con la ciencia ficción y el género negro. ¿Marca esto una ruptura en su narrativa?

—No diría que es una ruptura, pero estoy segura de que es un cambio de dirección bastante violento. Probablemente, hay líneas que el libro continúa, pero la forma en que está planteado constituye un tratamiento narrativo completamente distinto. Una buena lectora y amiga mía, Michaelle Ascencio, me dijo que era como un testamento literario de estos años recientes. Ahí se encuentran muchos elementos y temas que hemos vivido, pero no están recogidos como novela histórica, ni como crónicas, ni como novela negra. También la diferencian algunos juegos paródicos que hago con la ciencia ficción y la novela negra.



Foto ARCHIVO

"Creo que es tan obvia la sensación de caos que uno tiene, que ya no podemos ignorarla", dijo Torres

—¿Un ejemplo de esos juegos literarios es el personaje de Díaz-Grey, que Zero busca a lo largo de la narración?

—Sí, es completamente cierto. Díaz-Grey es un guiño a la obra de Juan Carlos Onetti. Me gusta resaltar el sentido de juego que posee la literatura. Los autores creamos personajes que no sabemos dónde van a parar.

—¿Cuánto tiempo de trabajo le llevó escribir *Nocturama*?

—Tengo más o menos calculado que una novela está lista en dos años. Hay una parte de la escritura que puede ser bastante rápida, pero después tengo la costumbre de dejar el borrador en la gaveta por mucho tiempo, a veces hasta un año. Sólo así me olvido de la novela y después la leo como si no fuera mía. En ese momento es que aparecen muchas observaciones, críticas y revisiones. Por ello, aunque es una novela breve, el trabajo de *Nocturama* duró dos años aproximadamente.

—¿Puede considerarse a Ulises Zero como un antihéroe de estos tiempos?

—Así es, hasta el punto de que ni siquiera tiene nombre. Primero, no sabe quién es y desde el mismo nombre se hace referencia a un héroe casi mitológico, como Ulises, que queda negado por un apellido como Zero. Busqué darle un carácter anónimo a toda la novela, nunca hago una descripción pormenorizada o costumbrista de la ciudad, pero el lector venezolano reconoce fácilmente a Caracas. Lo que pretendo es dar una perspectiva, porque creo que allí hay

acontecimientos y vivencias que no son solamente nuestras, sino que pueden ser compartidas por otras ciudades latinoamericanas, sobre todo por el tema de la violencia.

La ciudad del cambio perpetuo

—¿Cómo fue el trabajo de investigación para esta obra?

—Ahí tengo una deuda con los periodistas, porque tomé algunas de las situaciones anecdóticas de crónicas y reportajes que leí en la prensa, para prefigurárselas y darles una perspectiva diferente. Creo que los periodistas nos brindan eso mejor de lo que podría hacerlo un escritor, para el que sería difícil abarcarlo todo. Ellos son los que tienen ese contacto directo. Creo que es tan obvia la sensación de caos que uno tiene, que ya no podemos ignorarla. Nosotros, que estábamos acostumbrados, hemos llegado a un punto en que nos sorprendemos. Yo quería mostrar un poco esa

situación de caos tan notoria.

—¿Hay algo de la transformación constante de Caracas en *Nocturama*?

—Un poco, pero creo que he trabajado esa visión en otras novelas mías, aunque con un sentido diferente: la suplantación de una ciudad por otra. Hay varias Caracas según las décadas, desde los años 50, 60 hasta los 90. Eso es normal en las grandes ciudades que tienen que reciclarse. Sin embargo, creo que el punto nuestro ya no es ese. Caracas representa el caos en el que los venezolanos estamos perdidos. En *Nocturama*, por ejemplo, se presenta una sensación similar, pues el personaje está perdido todo el tiempo, no sólo geográficamente sino personalmente. También aparecen los contrastes de la ciudad, la posibilidad de que existen algunos lugares caóticos como el bulevar de Sabana Grande y las zonas aledañas. En paralelo, hay otros sitios donde pareciera que nada de eso está ocurriendo, pero en los que

basta cruzar la calle para entrar en otro mundo.

—¿La crisis de identidad del protagonista es una parábola de la confusión del ser contemporáneo?

—Ulises Zero es alguien que tiene que vivir con eso. Por ello se entrega a una lucha completamente absurda e imposible, que llega a tocar la ciencia ficción, en la búsqueda por recuperar su identidad. Es un tema que me resultó atractivo y pienso que en un futuro puede continuarse en otros libros. Es una situación muy contemporánea esa de vivir en la ciudad perdido y sumergido en el anonimato. Somos muchas personas a la vez, los roles cambian de forma permanente y nuestra identidad no es la misma en este momento, cuando estamos conversando sobre libros, que cuando nos montamos en el Metro o atravesamos a pie la ciudad. Todo el tiempo vamos siendo otros.

—¿Cuánto siente que ha influido su formación como psicóloga en el perfil de sus personajes?

—No estoy muy segura. Creo que muchos autores tienen profundísimos estudios de personajes sin haber tenido el menor roce con el mundo de la psicología. Pienso que son dos temas que me han interesado y he trabajado en ambas cosas. Quizás el de la identidad lo roza mucho, particularmente el psicoanálisis, pero eso no tendría nada de raro porque gran parte de mi vida trabajé como psicoanalista y esas son experiencias y maneras de enfrentar la realidad que están dentro de mí.

Nuevos aires en nuestra narrativa

■ Noto cambios que son muy favorables. Está, por ejemplo, el triunfo de Alberto Barrera, a quien felicito por ese premio tan merecido. Creo que esto es un gran signo para la literatura venezolana. El hecho de que una editorial del prestigio de Anagrama se atreva a reconocer el trabajo de un escritor venezolano, siendo notorio que nuestros autores en España son prácticamente desconocidos, implica un riesgo editorial grande. Yo lo veo como un signo de que hay cambios positivos.

—Otro aspecto importante es el cambio de actitud en nuestros autores, que ahora escriben para los lectores (...). En una época ya muy lejana, cuando comencé a escribir, todavía estaba muy presente la percepción de que vender libros era malo. Eso era una señal de que no era literatura, sé que ahora suena raro pero en ese momento era así. Si un autor vendía un poquito, algo extraño

sucedía con su obra.

—Creo que las generaciones posteriores han cambiado absolutamente de percepción. Están ganados a la idea de que sus libros puedan llegar a la mayor cantidad de lectores. Si no quieres comunicarte, si no quieres que nadie te lea, para qué te vas a tomar el trabajo de publicar, que es muy laborioso y cuesta mucho. Si no te interesa el público guardas el borrador y lo archivás en una gaveta. Cuando un autor se toma el trabajo de escribir, es porque quiere ser conocido por los lectores. Respecto a eso estoy tranquila, porque creo que las generaciones han olvidado esa ética errónea. Muchos ni siquiera la conocerán o les parece un absurdo. Pero lo cierto es que todo eso retardó muchísimo el surgimiento de los autores venezolanos, siempre aunado con la ausencia de buenos editores".

El país literario

—En uno de sus ensayos escribe sobre la reticencia de nuestros escritores a ser considerados como parte de una tradición. ¿Cómo llegó a esa visión?

—Es una apreciación personal, no sé si otras personas coinciden. Creo que el autor venezolano, durante varias generaciones, trabajó mucho como escritor-isla. Se creía mucho en el "Yo soy yo. Yo soy mis libros" y no se tenía la percepción de que se formaba parte de un cuerpo literario. Y esto es algo totalmente cierto independientemente de que conozcas a los autores o no, incluso, independientemente de que te gusten o no. Ellos son como tu familia, hay que verlo de esa manera.

—¿Ha cambiado ese fenómeno en las nuevas generaciones de autores?

—Creo que desde los años 90 ha ido cambiando y me parece que en este siglo sucederá muchísimo más. Tengo mucha confianza y apuesto fuerte por los jóvenes. Ellos tienen una conciencia de grupo, de que forman parte de una tradición. Se acabó eso del iconoclasta y de romper con los padres. Siento en los nuevos escritores un gran respeto por la tradición, lo cual no implica que ellos tengan que escribir de esa manera, sino encontrar su lugar hacia adelante. Eso será muy beneficioso y ayudará a la literatura venezolana, porque es muy difícil proyectar un país literario con islas, que es lo que se pretendió durante mucho tiempo.

—¿Cuán negativo fue que los autores venezolanos desarrollaran buena parte de su obra fuera del mercado?

—Tuvo efectos positivos porque en ese tiempo no había una industria privada. De no haber existido la inversión del Estado para la publicación de libros, creo que todo hubiera sido muy difícil. Pero también tuvo un efecto muy negativo: el autor se acostumbró a que no le importaba vender porque al Estado no le importaba cobrar, era un editor todopoderoso al que no le interesaba en lo absoluto si los libros se vendían o no. Entonces, el escritor se acostumbró a que lo importante era lanzar el libro y ya. Una industria editorial como la nuestra obliga a la competencia; obliga al autor a moverse, a asesorarse para saber con qué editorial puede publicar.

—¿Eso contribuyó al ensimismamiento de los intelectuales venezolanos, a la constitución de un país con grandes poetas y escasos narradores?

—Sí, porque la novela se apoya mucho en la industria editorial. La novela y el relato, en general, tienen que circular a través del mercado. Estos años hemos visto el despunte de una industria bastante interesante que ha empezado a vigorizarse. Ojalá que las circunstancias políticas no vayan a dañarla, a limitarla, con la imposición de controles que pudieran dañar algo que está naciendo y es muy prometedor.

“

El autor se acostumbró a que no le importaba vender, porque al Estado no le importaba cobrar, era un editor todopoderoso al que no le interesaba si los libros se vendían o no

“

Somos muchas personas a la vez (...) nuestra identidad no es la misma cuando nos montamos en el Metro o atravesamos a pie la ciudad. Todo el tiempo vamos siendo otros